

TÉCNICO. Amo la vida
deseo un futuro feliz
para mis hijos.
Amo la naturaleza y a sus seres,
venid, hermanos,
marchemos juntos.

CIENTÍFICO. Soy parte de la creación
como la ciencia
debe ser parte del desarrollo
y la armonía.
Lucho por una ciencia
para la vida,
por la paz y la convivencia,
entre seres felices y naturaleza,
por un futuro
para la humanidad.

TODOS
EN CORO Todas las mentes juntas
todas las manos juntas,
juntos los corazones,
juntas las esperanzas.
Clamamos por una tierra
donde todos podamos vivir
en paz y con alegría.

CLÁSICOS

Julián Gustems

Escrito ex profeso para *Repertorio Americano*

Vimos un Racine al mismo tiempo. Alargamos las manos hacia el libro y casi chasqueamos los dedos. Yo le di la preferencia. Es mi costumbre dar preferencia a las mujeres. Ella me lo agradeció con una sonrisa. “—¿Tú lees a Racine?” —me preguntó, con cierto asombro. “Ya ves” —le respondí. “Es un clásico de lo más absurdo y triste” —opinó. Yo hice un gesto despectivo con los hombros, dándole mi conformidad. “Mi profesor me ha impuesto su lectura” —me defendí. Ella, con el volumen en las manos ojeó algunas páginas.

—Ese tipo de lecturas deberían estar prohibidas. A ese gachó ya nadie le lee y obligarnos a leerle es como desenterrar una momia.

—Yo opino lo mismo. Me caen gordos todos los clásicos, con su desmesurada verborrea. Para mí leerlos es solo una obligación, una obligación terrible.

—De todas formas Racine tiene un no sé qué —opinó ella.
—¿Tú crees? —pregunté.

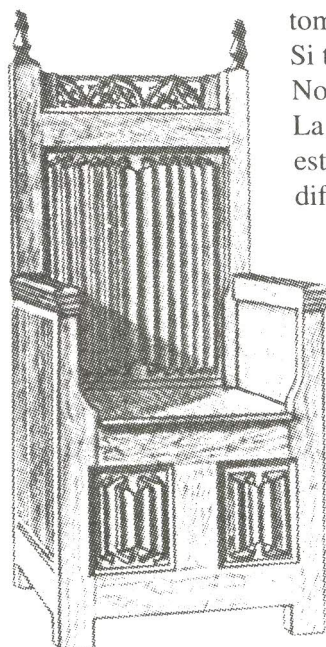
—Podríamos hablar del tema tomando un café, por ejemplo. Si te apetece, claro...

Nos invitamos mutuamente. La cafetería de la Universidad estaba llena como nunca y fue difícil encontrar una mesa disponible. La conseguimos, al fin.

—Deja que me presente. Me llamo Lilí aunque mi nombre verdadero es Laurencia.

—Yo le sonreí y le dije que me llamaba Pablo aunque mis amigos me llamaban Pa.

—¿Qué te trajo a la biblioteca buscando a Ra-



cine? –preguntó.

–Supongo que lo mismo que a ti. Mi profe ¿sabes? Que es un poco rancio y le cae la baba por los clásicos franceses.

–Ya.

–Yo descendo de Racine –me informó–. Así lo asegura mi abuela y lo menos que puedo hacer es leer sus libros. Me castigo, como quien dice, leyendo sus incómodos versos...

Me mostró sus hermosos dientes con una sonrisa. Tomó un sorbo de café. Hasta este momento no había reparado en su figura. ¡Lilí era una mujer estupenda, con sus pechitos de niña, sus ojos de hurí y su cuerpo de madona romana. Como se sonrojó a mi mirada, salvó la situación con una pregunta:

–¿Tienes novia?

–¿Tienes novio? –ambas preguntas se cruzaron.

–Pues no, ni lo deseo –respondió ella con un suspiro.

–Yo tampoco tengo novia –le informé–. ¿Tú crees que puedo entusiasmar a nadie?

Entonces fue ella quien me observó con cuidado. Volvió a sonreírme, me ofreció su mano, que tomé, acariciándola.

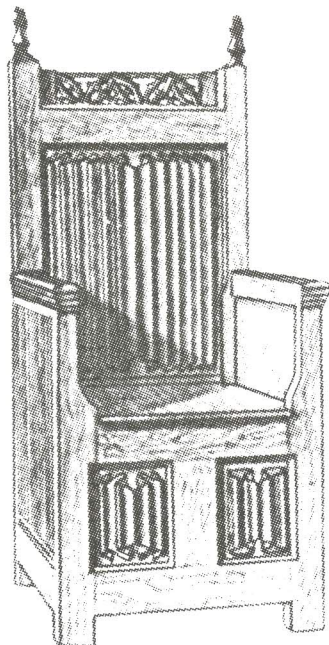
–Podríamos intentar –me pareció que sugería–. Yo asentí. El cielo se abría ante mí.

Ella expuso su propuesta: podríamos vernos todos los viernes por la noche en su casa para atontarnos con alguna música loca o con el estudio de los clásicos.

La idea me pareció buena. ¡Ella y yo todos los viernes por la noche al calor de una bombilla! ¡Ella y yo gustando de la lectura de los olvidados clásicos y, tal vez, gustando de otras maravillas! ¡Sumergidos en delicias incontroladas!

Propuso vernos en su piso. Bueno, era el piso de sus papás, pero ellos siempre se ausentaban lo fines de semana y estaríamos solos, lo que ya era un buen principio. Comentaríamos nuestras lecturas, dijo.

Hasta entonces la lectura de los clásicos era una imposición vergonzosa, pero al tener que compartirla con ella, me pareció una recompensa generosa. A



Lilí tampoco le pareció mal leer a tanto absurdo y así poco a poco, todos los viernes íbamos criticando lo leído, alrededor de unos pastelitos y sendas copas de mistela. Los viernes dábamos el comentario a la lectura de la semana. Con el paso del tiempo leímos todos los clásicos franceses, nos dimos un abrazo con los alemanes, griegos, españoles e incluso rusos. Íbamos digiriendo los libros, descubriendo calidades y ridiculeces, pues en esta clase de libros se encuentra de todo. Poco a poco nuestros conocimientos y nuestro respeto por los clásicos se acentuaba, empezamos a quererlos.

Pero la historia o es esta, sino que yo iba forjándome todos los viernes cuando tenía a Lilí, más hermosa cada día. Ante su presencia yo me hundía como un vulgar desaprensivo, porque en el fondo de la cuestión lo que yo quería de verdad era apoderarme de su cuerpo, vivir su cuerpo y saborear su entrega, un cuerpo que escondía –lo sabía– un aroma de rosas. Sus piernas eran dos lirios sonrosados, y sus manos, que cada vez me ofrecía con más vehemencia, turbaban mi mente y entorpecían el diálogo de mi lengua. Lilí observaba mi pasión pero entre ella y yo colocaba como un biombo. En una ocasión viendo que yo temblaba de amor alzó la voz para dejar, de una vez por todas, su postura ante el tema.

–Entre tú y yo solo habrá amistad –sentenció.

Pensé si Lilí estaba inmunizada para el amor o si escondía alguna tragedia amorosa. Pese a mi insistencia sólo pude conseguir su silencio.

Después de soñar, inútilmente, con su amor, después de leer cientos y cientos de libros, decidí plantearle definitivamente lo que pretendía de ella. Le planteé la necesidad de hacerla mía, de tener de ella el obsequio de su entrega. Ella se asumió en silencio y dijo que aquella misma noche terminábamos de comentar a los clásicos y de vernos.

Lilí lloró al decírmelo y yo lloré con ella ante la irremediable ruptura. Fue la última noche que nos vimos. Nunca más la he vuelto a ver.

De esa historia algo debería quedar como recompensa. Nunca tuve su amor, pero en cambio he leído tantos clásicos que el mundo me ha reconocido como un buen entendido en la materia. En todo el mundo o en todo el orbe, como se quiera llamar a este redondo escondite.